

# «Ahora ya no tengo miedo»

Tres mujeres maltratadas relatan cómo consiguieron escapar de una vida de golpes y humillaciones

ALICIA  
 NEGRE

✉ anegre@laverdad.es



Las víctimas de violencia de género batallan con el temor, la vergüenza y la dependencia emocional y económica de su agresor

**MURCIA.** María cubrió con un tatuaje las cicatrices que los golpes de su exnovio dejaron en uno de sus tobillos. Un ramillete de flores vivaces, esbozado en trazos negros, con el que esta mujer —que utiliza en este reportaje un nombre ficticio— oculta un pasado brutal. Un infierno de malos tratos que consiguió dejar atrás hace ya un lustro. Ella es un ejemplo más de que, con coraje y ayuda, la violencia de género se puede convertir solo en un mal recuerdo. También Ana logró ganar esa batalla y romper las cadenas que le unían a un marido maltratador. «Antes siempre tenía que ir tapada. Un día en el parque, con mis hijos, me miré los brazos y me di cuenta de que ya no tenía señales. Me sentí tan contenta», remarca, con una sonrisa triunfante. «No solo se puede salir de esto. Se puede ser feliz».

Esta murciana conoció la violencia de la mano de su exmarido, con el que compartió su vida durante 12 años y tuvo tres hijos. «Los malos tratos tardaron unos años en empezar», rememora. El calvario para Laura —otra mujer maltratada que se oculta tras un nombre ficticio— llegó cuando se enamoró de un chico aparentemente perfecto. Tras un mes de fábula, llegó la primera discusión y con ella un cabezazo en la nariz con el que acabó sangrando. «Él me dijo que no lo volvería a hacer, que lo perdonara», relata. «Mis amigos me lo decían, «déjalo que esto va a más y te va a matar»».

Fase de negación

«El primer paso es darse cuenta del problema»

**1** «El primer paso que tienen que dar estas mujeres es darse cuenta de que tienen ese problema», explica Beatriz Martínez, una de las trabajadoras sociales que ayudan a mujeres maltratadas a través del programa Atenpro de Cruz Roja. «En ocasiones lo llegan a normalizar y no denuncian». Este programa facilita teléfonos móviles, con señalización GPS, a las víctimas para ofrecerles atención psicológica y más seguridad. Unas 380 mujeres en la Región cuentan con terminales de la organización, desde adolescentes de 14 años a mujeres de 78.

La falta de autoestima, el aislamiento social o la falta de apoyos familiares pone las cosas más difíciles a las víctimas. «El me había anulado antes como persona. Me sentía totalmente apartada del mundo», recuerda María. «Me había vuelto totalmente dependiente de él».

«Ellas se consideran que no valen nada», cuenta Mari Carmen Navarro, responsable regional del equipo de respuesta inmediata de emergencias (Erie) de Cruz Roja, que asiste a estas mujeres en situaciones graves de violencia. «Psicológicamente estás dañada y por eso no eres capaz de tomar decisiones coherentes». En ocasiones, remarca Navarro, las mujeres «tienen el problema delante pero no lo quieren ver».

La psicóloga Laura Miñarro, que asiste a las afectadas en los centros de atención especializada para mu-

jeres víctimas de violencia (Cavi), asegura que tomar conciencia del problema es más difícil, si cabe, cuando no se llega a las manos. «El maltrato psicológico lo podemos sufrir durante años y no ser conscientes».

El coraje de contarlo

«Me vi en el espejo y supe que tenía que denunciar»

**2** Asumido el problema, llega uno de los pasos que, reconocen las víctimas, requiere de más coraje: contarlo. Denunciar o verbalizar lo que está ocurriendo en casa es un duro trance que a las afectadas les suele llevar un tiempo.

A Ana le llevó años. Los golpes se habían ido colando, poco a poco, en su día a día. «Le cogí mucho miedo a

mi exmarido. Solo con escuchar la forma en que abría la puerta ya sabía cómo venía», recuerda. Un día la llamada equivocada de un hombre a su teléfono desató a la bestia. «Me sentó en una silla y empezó a pegarme. Yo solo veía sangre y a mi hijo, de ocho años, que estiraba las manos para tratar de ayudarme», explica con la voz rota. Pese a la violenta escena —que le fracturó la mandíbula—, María aún titubeó. Pensó en callarse una vez más, pero una decisión cambió su vida para siempre. «Me miré en el espejo y, al verme la cara, supe que tenía que llamar a la Policía».

El inspector Javier Baturone, jefe del grupo de Familia y Mujer (UFAM) del Cuerpo Nacional de Policía, conoce muy de cerca los sentimientos que acompañan a estas mujeres a la hora de denunciar. La unidad que él dirige se encarga

de investigar los casos de violencia de género, de tomar declaración a las víctimas, de informarles de sus derechos... «Normalmente existe un vínculo emocional muy fuerte con el agresor», explica. «Siempre preguntan qué va a pasar con él». La dependencia económica o, en el caso de las extranjeras, el encontrarse «ilegales» en España son otros de los obstáculos que complican el camino. «A veces tienen miedo de que las expulsen, pero no es así», recalca el inspector Baturone.

La Guardia Civil, otro de los cuerpos que se encarga de la protección de las víctimas, asegura que «la falta de información y conocimiento del proceso, tanto policial como judicial, y la incertidumbre que esta situación les genera es uno de los factores que dificultan que las víctimas pidan ayuda». Fuentes del cuerpo recuerdan,



María —nombre ficticio—, una de las mujeres maltratadas que protagonizan este reportaje, pasea por un parque de Murcia. ✎ NACHO GARCÍA / AGM

no obstante, que, aunque la afectada no denuncie, se actúa de oficio si se tiene constancia de que está siendo maltratada. «La verdadera dificultad en estos casos», explican, «es que, si la víctima no muestra colaboración para su propia protección, resulta complicado conocer circunstancias que ocasionen un grave riesgo para ella y, de esta manera, no se acuerdan medidas de protección apropiadas para su situación concreta». De ahí, la importancia de dar el paso.

Cuatro letrados, adscritos al turno de oficio del Colegio de Abogados de Murcia, trabajan cada día asistiendo a las víctimas, que tienen derecho a justificar gratuita independientemente de su situación económica. Los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado tienen orden de no tomar declaración a la víctima hasta que sea asistida por su abogado. Una obligación que, afirman, no siempre se cumple y que ellos reivindican con vehemencia.

La letrada Helena Rivera, miembro de la comisión y secretaria de la junta de gobierno del Colegio, ha prestado asistencia en decenas de casos. «En ocasiones estas mujeres justifican el maltrato», explica. «Ellas mismas no son conscientes de que están en una situación de riesgo».

**Ni un paso atrás  
 Renuncias y tropiezos  
 con la misma piedra**

**3** En este camino para escapar de la violencia, en ocasiones, las víctimas dan un paso en falso. Tropiezan dos veces con la misma piedra y acaban renunciando a seguir adelante con el proceso o regresando a los brazos de su agresor. «La mujer tiene que estar preparada para lo que va a pasar», recalca Miñarro. «En ocasiones, no ha madurado bien la decisión y lo que implica».

La letrada Helena Rivera conoce de cerca este tipo de situaciones. «Si quieren echarse atrás nosotros les informamos bien de todo lo que eso implica», subraya, «pero quizás necesitan más apoyo psicológico que el de un abogado». A lo largo de su trayectoria profesional ha tropezado con varios de estos casos. «Tuve un caso de una mujer a la que su marido trató de quemarle la casa e ingresó en prisión», relata. «Un tiempo después ella fue a la juez a pedirle que le consintiera un 'vis a vis' con él».

**Las cadenas de la dependencia  
 «Al separarme de él  
 sentí muchísimo miedo»**

**4** Una vez que han dado el paso de denunciar o de revelar el maltrato que están sufriendo, las víctimas deben romper unas cadenas que, en ocasiones, son muy gruesas: las de la dependencia emocional. «Ellos ya se han encargado en su relación de aislarlas, de que rompan lazos con sus familiares y amigos», explica Beatriz Martínez. «Su autoestima es muy baja». Esta trabajadora social de Cruz Roja recuerda el caso de una mujer a la que tendió la mano para ayudarla a salir de un caso de maltrato. «Ella estaba asustada porque se veía sola. Llevaba un año y medio sin hablar con sus padres», cuenta. «Cuando se lo contó a su familia, al final, la apoyaron».

Ana conoce perfectamente el peso de esa dependencia. «Al separarme de mi exmarido sentí mucho miedo», confiesa. «Se había ido la persona que durante 12 años me había dicho lo que tenía que hacer. Me preguntaba cómo iba a ser yo capaz de salir adelante». Esa lucha, asegura, no ha sido fácil, pero ya está ganada. «No es fácil recuperar la autoestima, pero he aprendido a quererme y a desprenderme de las culpas».

La psicóloga Laura Miñarro subraya que, además del miedo y la dependencia económica y emocional, las mujeres tienen que hacer frente al temor a cierta condena social. «Ellos socialmente suelen ser encantadores», argumenta. «Todo el mundo cuestiona tu decisión».

**«Antes siempre iba tapada. Un día me miré los brazos y me di cuenta de que ya no tenía señales. Me sentí tan contenta», cuenta Ana**

**«Ellas, a veces, justifican el maltrato. No son conscientes de que están en una situación de riesgo», explica la letrada Helena Rivera**

**«Normalmente existe un vínculo emocional muy fuerte con el agresor», revela el inspector Baturone**

**«Era la primera vez en su vida que tenía una cartilla a su nombre», relata la trabajadora social Beatriz Martínez**

**La importancia de un trabajo  
 «Yo no tenía trabajo y dependía totalmente de él»**

**5** Otro de los escollos a los que las víctimas deben hacer frente en esta batalla es el que impone el bolsillo: la dependencia económica. Lograr un trabajo que les permita ganar su propio dinero y no depender del agresor es crucial. Un reto para el que cuentan con el apoyo de la fundación Radio Ecce. Esta impulsada, desde 2008, el programa Avanza –financiado por el IMAS y por el Fondo Social Europeo–, que se centra en mejorar la empleabilidad de estas mujeres para que puedan acceder al mercado laboral. En sus talleres, las víctimas mejoran sus habilidades sociales, elaboran currículum, dan clases de alfabetización digital... Radio Ecce les ayuda, además, a tratar de

colocarse en empresas. «Su mayor obstáculo es la conciliación laboral», reconoce Anabel Marco, coordinadora del programa. «Normalmente hay problemas de horarios».

La trabajadora social Reme Martín del Olmo imparte cursos a las víctimas para el trabajo con personas dependientes en instituciones. «Todos los años hay contratación», explica. «El objetivo es la independencia económica. Hay mujeres que no se atreven a dar el paso hasta que tienen un trabajo».

Beatriz Martínez, de Cruz Roja, explica que muchas de las víctimas, principalmente las de más edad, nunca han trabajado ni cotizado. «El otro día hablaba con una mujer y me decía que era la primera vez en su vida que tenía una cartilla del banco a su nombre y podía sacar dinero».

María conoce de sobra la importancia de tener un empleo. A raíz de un traslado por motivos profesionales a Albacete conoció allí a un chico y, tras unos meses de amistad, comenzaron a salir y a vivir juntos. «Con la convivencia dio un cambio radical. Se puso superagresivo». Tras varios episodios de violencia, y con el miedo metido en el cuerpo, decidió hacer las maletas y volver a casa de su madre. «Tuve que dejar mi trabajo porque se saltó cuatro veces la orden de alejamiento», cuenta. «Me dijeron 'o te vas o no te va a dejar'».

Con ayuda de Radio Ecce, María realizó varios cursos de formación – «me dieron ganas de volver a estudiar y me saqué por fin la ESO»– y logró colocarse de nuevo. Ahora, cinco años después, acaba de abrir su propio negocio, un restaurante que marcha viento en popa y que le dibuja un sonrisa en el rostro.

Toñi también saborea ahora la satisfacción de ganar su propio dinero. «Yo no tenía trabajo y dependía totalmente de él», cuenta. «Ahora tengo mi empleo y he rehecho mi vida después de tanto sufrimiento». La ayuda prestada desde Radio Ecce a Ana le ha permitido, diez años después de atravesar su particular calvario, «abrir las puertas al mundo y decir 'aquí estoy yo'». El miedo, reconoce, sigue acompañándola, pero «ya no condiciona mi vida».

